

«ñorita Genoveva, los queremos todos, mujeres, niños, muchachas y ancianos, pobres ó ricos, hasta la muerte, y hemos resuelto no dejaros marchar nunca, ni pasar este puente, con licencia nuestra; antes por el contrario, que cada uno de nosotros, con arreglo á sus facultades, os tenga, quién seis meses, quién tres, quién uno, quién ocho días, en su casa, en su establo, á su mesa, hasta vuestra vejez; llegada la cual la parroquia reunirá voluntariamente y sin intervenció de la autoridad, ni necesidad de recaudador, lo suficiente para costearos una cama y un cuarto en el hospital de las hermanas de la Caridad de Grenoble, que vinieron á asistirnos con vos y que os conocen. En prueba de lo cual, yo, agregado del *mairé* del pueblo, y *mairé* interino, por muerte del propietario, me opongo á que paseis este puente, y os mando que vengais á mi casa, en donde mi mujer y mis hijas os tienen preparada la cama.»

Concluido este discurso, el agregado metió otra vez el papel en su bolsillo, y dió el ejemplo de abrazar á Genoveva, que todos imitaron al punto precipitándose á su cuello. Los niños, entonces, cogieron el lió de ropa, y echando á andar con ella principiaron á dar gritos de alegría, y á tirar de Genoveva para que volviese á la poblacion.

De este modo hube de despedirme de ella, abrazándola á mil vez con los ojos húmedos y el corazón enternecido. Genoveva, por su parte, lloraba con tal fuerza, que apenas podia hablar.

— ¡Oh, si, deciais bien, esto es un triunfo, y por cierto que no lo esperaba!

— Tampoco yo — la contesté; — pero esto prueba que no se debe dudar de los buenos sentimientos. La ingratitud tiene su dia, es verdad; pero tampoco al agradecimiento le falta el suyo. Adios, Genoveva, y sed feliz con esta familia; seguramente no valé menos que la que Dios os ha negado.

El perro de Jocelyn iba con ella.

EPÍLOGO.

CXXXII.

Cuando dos años despues fui á parar á los bosques cercanos á Valneige, con motivo de una larga cacería de osos, que duró algunas semanas, quise saber lo que habia sido de la pobre Genoveva. Entonces deje á mis compañeros de caza en la posada de los Abismos, y subí solo á la aldea por el puente encarnado.

— ¡Oh! Genoveva — me dijo el primer chicuelo que encontré — no anda ya de casa en casa para que la mantengan como antes. Se la ha construido una casita para ella sola al lado de la iglesia, en donde está al frente de una enfermeria, con dos camas para los pobres de la parroquia que no tienen quien los cuide.

Al punto hice que me guiasen allá. Estaba sola. No habia entonces ningun enfermo en la aldea. Me reconoció y me abrazó como sobre el puente.

— ¡Oh, qué feliz soy, señor! — me dijo; — ya no soy criada de nadie, sino que sirvo á los que no la tienen. De cuando en cuando, como sucede hoy, solo tengo que servir á Dios, y á vos si gustais, — añadió con gracia, — pues no hay nadie en el cuarto de los pobres y la cama que se les pone es muy limpia; conque aceptad y quedaos aquí esta noche. No nos faltarán huevos, ni miel, ni pan de avena, en cuanto corra la noticia por el lugar de que estais

aquí. ¡Oh! ¿y el perro? ¡Cuánto se va á alegrar de veros! Como que os conocia por el amigo de su amo, y cuando os nombro por diversion, meneaba su cola lo mismo que si os viese en su imaginacion.

CXXXIII.

Acepté gustoso la hospitalidad de Genoveva, lo que llegando á noticia de todas las vecinas, fué causa de que trageran mas cena de la que podia consumir un cazador.

Cenamos en compañía como en la mesa del cura, hablando de los asuntos de dos años atras. Concluida la refeccion, echó una brazada de leña de abeto al fuego, y seguimos hablando hasta las once de la noche al ruido de los truenos que sonaban con fuerza y de la lluvia que caía á torrentes y se estrellaba contra la vidriera del cuarto.

CXXXIV.

Me disponia ya á hacerle algunas reflexiones sobre su sencilla relacion, y á dirigirle algunas preguntas, cuando en el mismo momento fui interrumpido por tres aldabonazos dados en la puerta del patio por mano evidentemente tímida. Pues, sin embargo de ser tarde y de estar oscura la noche, Genoveva corrió á abrir sin vacilar un instante, ni mostrar el menor miedo. Asomé entonces, maquinalmente, la cabeza á la ventana que daba al camino, con el fin de ver quién podia llamar á una puerta aislada á semejante hora, y pude enterarme del siguiente diálogo:

—Abrid por el amor de Dios, y permitidme pasar la noche en un rincon del granero ó del pajar.

—¿Quién sois?

—Un muchacho que va á su pueblo en busca de la esposa de su señor, y se ha perdido en el camino.

La voz indicaba ser, efectivamente, de un muchacho de corta edad; pues era clara, dulce y sonora, como la de una doncella.

—Y ¿dónde está vuestro señor?

—En el hospital de Voiron se ha quedado enfermo.

—Entrad, pobrecito, —dijo Genoveva.

Y oí luego que descorria el cerrojo, y hacia girar la puerta de encima sobre sus goznes.

En seguida subió por la escalera de la galeria, y entró en la cocina acompañada de un niño de diez á doce años, que se apoyaba sobre un palo blanco mas alto que él, en forma de baston, y que caminaba encorvado por el peso de un saco de tela ordinaria, sujeto á su espalda por dos tirantes de cuero.

La tempestad habia sido muy grande, así es que el saco, los vestidos, el sombrero, y los cabellos lacios del niño, chorreaban agua como si se les sacase de alguna fuente.

Genoveva entonces echó al fuego moribundo, una brazada de ramas de pino, haciendo levantar en seguida una gran llama roja; partió un pedazo de pan sobre la punta de la mesa, sacó del cajon la ensalada que habia sobrado de la cena, y echó como un dedo de vino en un vaso. El muchacho al mismo tiempo desbrochó sus hebillas, sacudió su vestido y su sombrero, y puso su saco en una silla de madera, cerca de la lumbre para secarle.

CXXXV.

Yo me entretenia en mirar sonriendo aquel viajero, que caminaba ya solo por aquellas montañas incultas. Era una de las figuras femeninas de niño, mas interesantes y encantadoras que yo habia visto jamas. Ojos grandes y negros, con cejas que marcaban en el párpado inferior, como esa sombra artificial con que las mujeres de Oriente cercan el óvalo de su cara para darle mayor realce; una boca entreabierta como la de todos los niños, que parecen no tener que aspirar toda una larga vida, y que les falta cosa alguna que retener en su corazon; dientes pequeños y colocados como granos de granada en sus alvéolos de carne de color de rosa; una nariz pequeña, cuyas ventanas transparentes se agitaban como las alas de un pajarito, cuando este se esfuerza en entreabrir las aun antes de ha-

berse cubierto de pluma; una frente contorneada, blanca hacia los ojos, y con un tinte de color de rosa cerca del pelo, formando la señal del pesado sombrero que había oprimido la piel escesivamente fina; cabellos de castaño oscuro, casi negros, largos y formando rizos lustrosos, separados en mechones por el agua que chorreaban, y húmedos como los de una mujer por la mañana cuando se está peinando sus trenzas. Sobre todo esto dejaba entrever en la mirada, en la fisonomía, en la actitud, en los movimientos algo de formal, de reflexivo, de atento á lo que hacia, que no guardaba correspondencia con su edad. Yo me entretenía en verle cómo se sacudía el vestido, vaciaba sus bolsillos, daba vuelta á su saco sobre la silla, dejaba el baston detras de la puerta, andaba por un lado y otro de la cocina, cuidando de no echar á perder cosa alguna, y sobre todo de no pisar con sus zapatos las patas del perro ó del gato. Genoveva, por su parte, no estaba menos atenta á aquellos movimientos, ni asombrada de todo que yo; antes por el contrario, lo observaba con ojos mas fijos y enternecidos que los míos, pareciendo que en aquel semblante y en aquel carácter encontraba ella alguna semejanza ó algun recuerdo, que llevaba su pensamiento mas lejos de donde él quisiera ir.

CXXXVI.

Luego que el chico concluyó de cenar, sobre la punta del banco en que se había puesto, y persuadido de que no le observariamos, ocupados como estábamos en hablar junto á la lumbre, se levantó con disimulo para coger su saco, el que puso sobre la mesa, y fué sacando uno á uno sobre el mantel todos los objetos que contenía. Los tocaba, los examinaba, los ponía á secar, y los arreglaba de nuevo, despues de haberse asegurado que la lluvia no había echado á perder nada de lo que él conducía para la mujer ó las hijas de su señor. Dichos objetos consistían en estuches de madera, pintados con flores grandes, encarnadas y amarillas, alfileres y agujas colocadas en pedacitos cuadrados de papel azul, juguetes de

niño, collares, sortijas de cobre, y finalmente, una carta envuelta en un papel de estraza, semejante al que usan los confiteros para envolver los azucarillos.

Miraba, tocaba, daba vueltas, enjugaba y limpiaba todo aquello, con el mismo esmero que hubiera podido hacerlo una persona razonable y cuidadosa, denotando hasta cierto punto que conocía por un presentimiento precoz, la importancia del depósito que su señor le había confiado; pero sin sospechar siquiera que Genoveva y yo le estábamos mirando al soslayo.

Tan pronto como lo hubo revisado todo, empezó á guardarlo otra vez en diferentes papeles, y lo fué metiendo en el saco que ató con cuidado. Despues, habiéndose vuelto á quitar la chaqueta, entreabrió su camisa de tela ordinaria, é hizo resaltar la delicadeza y blancura de su cútis de niño con la poca finura y mal color de la última prenda. Cogió con las dos manos y quitó de su cuello un largo collar de pelo negro, á cuyo extremo pendía sobre su pecho un objeto aparentemente mas precioso y mas personal, que puso sobre la mesa, y al cual dió vueltas entre sus dedos con mayor cuidado, y se puso á examinar con mas fija atencion. Consistía este en una cajita ancha, redonda y aplastada, de estaño ó zinc, parecida á aquellas en que llevan sus reliquias los peregrinos ó guardan los marineros sus papeles.

El niño la echó primero su aliento, y luego se puso á limpiarla con su manecita, dando fin por abrirla, seguramente con objeto de asegurarse de que la lluvia no había penetrado en ella. En seguida sacó una cosa que estaba enroscada dentro de la caja, formando siete ú ocho círculos, y envuelta en un papel, á semejanza de los anillos de una serpiente domesticada, que duerme en la mano de un domador árabe. Deshizo los anillos, desdobló el papel y vimos que iba sacando poco á poco, una larga trenza de pelo castaño oscuro, tan laso, tan hecho ondas, con un tinte y un color tan natural, como si hiciera poco que había sido cortado por su hermana ó su madre, de sobre la frente de una jóven de diez y seis años. En el momento de ver aquel rizo de pelo, Genoveva, que se había le-

vantado de su silla para ir á colocarse detras del niño, le arrebató la trenza de sus manecitas, la cogió en las suyas temblando, la acercó á la luz, la miró, la tocó, palideciendo cada vez mas, y por último gritó, fijándose en el muchacho:

—¿Quién te ha dado este pelo?

—La religiosa,—contestó el niño.

—¿Qué religiosa?—volvió á preguntar Genoveva.

—La religiosa de la Inclusa de Grenoble.

—¿Con que eres un niño de la Inclusa?

—Sí,—dijo el niño bajando la cabeza y ruborizándose, como si comprendiese que habia vergüenza en su deshonra.

—¿Y de quién te dijo que era este pelo?—añadió Genoveva con tal atropellamiento de palabras, y tal palpitation de pecho, que parecian tropezarle las primeras en los lábios, y que la boca le temblaba como la hoja impulsada por el viento.

—¿De mi madre!—contestó el niño.

—¿De tu madre!—gritó Genoveva, y cayó desmayada despues de haber echado los brazos al rededor del cuello del niño.

Entonces conocí que se iba á presentar un gran enigma, indescifrable tal vez, al corazon de la pobre mujer; pero me contenté con repetir lo que ella decia: Dios es Dios, y lo que los hombres llaman casualidad, los ángeles lo llaman Providencia.

CXXXVII.

Como cosa de un segundo duraria el desmayo de Genoveva; al cabo del cual se volvió á levantar del banco sobre que se habia sentado, cuando advirtió que la flaqueaban sus rodillas, y se arrojó sobre el niño estrechándole entre sus dos brazos y gritando: ¡Pepita! ¡Pepita!

El muchacho asustado con el gesto y los gritos, y no pudiendo adivinar en qué consistia la extraordinaria emocion de Genoveva, se le figuró que iba á quitarle las cartas, la caja y el pelo que estaban sobre la mesa; así que los tapaba con sus dos manos, como

para retenerlos con todas sus fuerzas, y gritaba y me miraba afligido, pidiéndome socorro con la voz y con los ojos. Genoveva por su parte, sin reparar en el susto del niño, le cogia la cabeza con las manos, se la acercaba á sí, la separaba, la volvía á acercar, unas veces á su pecho, y otras á la luz para convencerse de que no era una ilusion lo que la decian sus sentidos, y de que las facciones del niño, que examinaba y comparaba en su imaginacion con otras facciones de que se acordaba, eran en efecto las de su pobre hermana. Lo único que articulaba eran exclamaciones rápidas y entrecortadas, que se dirigia á sí misma.

—¿Es esta su frente algo redonda, y dividida así por este plieguecito que mi madre llamaba el nido de sus lábios?

—¡Sí!—se respondia ella misma, y besaba la frente blanca y tersa del niño en el mismo sitio en donde habia besado tantas veces la de Pepita.

—¿Es esta su nariz, un poco elevada hácia su punta, con dos ventanas finas, por las cuales se trasparentaba de noche la claridad de nuestra lámpara dándolas un tinte de color de rosa?

—¡Oh, sí!—esta es aquella forma y aquella transparencia.

Y oprimia contra su pecho la cara del muchacho.

—¿Es esta aquella boca, cuyos dos extremos, hundidos en sus mejillas, se levantaban cuando estaba alegre, y volvian á bajar cuando se ponía afligida?

—¡Oh! ¡Sí, sí! Se me figura que Pepita va á hablar y á llamarme.

Y juntaba sus manos sobre los lábios temblorosos y á punto de llorar del niño.

—¿Son estos sus ojos de un azul tan hermoso como el del cielo en invierno? ¿Es esta su barba partida, y con un hoyito en el centro? ¿Es este su cuello contorneado, blanco, un poco inclinado, por donde bajaban serpenteando sus trenzas hasta su espalda? ¡Oh! ¡Sí, sí!

Y al mismo tiempo que decia esto, quitaba la corbata al niño, y examinaba atentamente su cuello por delante, por detras, por la

derecha, por la izquierda, besándolo en todas partes.

Luego dió un grito mas fuerte, y volviéndose hácia mi y señalándome una cosa con el dedo, dijo:

— ¡Oh! mirad, mirad, ¡ señor! ¡ todo! ¡ todo! ¡ hasta la misma señal que tenia Pepita en el sitio de la union del cuello con el pecho, parecida á un hermoso grano de azabache, que los ángeles la hubiesen puesto al venir al mundo en el nacimiento del seno! ¡ Mirad! ¡ Ahí lo teneis! ¡ ahí lo teneis, señor! ¡ Oh, no me digan que no es ella!

En medio de estos gritos de alegría y de sorpresa, entreabrió un poco la camisa ordinaria del niño, y me mostró en efecto una ancha señal, cubierta ya con bello rubio, que besó con mayor entusiasmo que habia besado la frente, el pelo, la barba y las mejillas.

Aquella señal, colocada en el mismo sitio que sobre el pecho de Pepita, la tomaba Genoveva por la fe de bautismo del niño á quien la casualidad traia de aquel modo á sus brazos; cuya fe habia sido rubricada por el mismo Dios. Asi es que vaciló un momento, y luego cayó otra vez sobre el banco sin apartar la vista del semblante encantador, bien que algo espantado del muchacho, enjugándose al mismo tiempo los ojos, de donde corrieron por fin dos lágrimas.

CXXXVIII.

— Pero ¿ qué motivo tiene esta señora para desnudarme y llorar de este modo? — dijo temblando y dirigiéndose á mi el pobre muchacho por lo mismo que veia que Genoveva, sollozando demasiado fuerte, no podia contestarle.

— Es que ha conocido á vuestra madre, — le contesté, — y como vos os pareceis tanto á ella, le parece que la está viendo después de su muerte y besándola, cuando ve y besa á vos.

— ¿ Mi madre? — replicó el niño. — No ha muerto, gracias á Dios. Antes por el contrario, está buena; es mucho mas jóven y tiene mejor color que esta; y por otra parte todos convienen en

que me parezco á ella lo mismo que un cordero blanco se parece á una oveja negra. Su pelo es negro como la pared de la chimenea, y el mio como los racimos de nuestra parra. Pero, no obstante, — añadió, — tambien eso es posible; puesto que he tenido (é iba contando por sus dedos) una, dos, tres, quizá cuatro madres; mientras que los demas, segun dicen en el pais, no tienen mas que una. Tal vez será esto lo que quiere decir la señora.

CXXXIX.

— ¿ Dices que has tenido dos, tres, cuatro madres? — preguntó Genoveva, que todo lo habia oido, levantándose de nuevo con un movimiento convulsivo, y mirándome con cierto aire de triunfo que parecia querer decir: Ya lo veis cómo no me han engañado el corazon ni mis ojos.

— ¡ Está bien! — dijo en seguida al niño volviéndole á preguntar con mayor calma y la misma suavidad de voz, — ¿ cómo te llamas?

— Joaquin — contestó el adolescente.

— Y ¿ quién era tu primera madre? Vamos á ver, dínoslo.

— ¡ Oh! esa no la he visto nunca. Me han dicho que vive en un pais muy distante, allá arriba, por encima de las nieves y de las estrellas; á donde no vamos hasta despues de morir.

— ¡ Ya lo ois! — murmuró Genoveva, que habia sus palabras; — yo no le he obligado á que lo diga; ¡ su primera madre ha muerto!

— ¡ No! ¡ no ha muerto! — dijo el niño interrumpiéndola; — vive en otro pais que no es el nuestro!

— ¡ Bien! lo que tú quieras, hijo mio. ¿ Y la segunda, la conociste?

— ¡ Oh! de aquella me acuerdo algo, pero no mucho; era muy mala, y me hacia pasar mucha sed y mucho frio, solo que no sé su nombre.

— ¿ Y la tercera?

— ¡Ah! la tercera, — dijo el chico palmoteando con alegría, — es la mejor de mis madres, la verdadera madre. Se llama Lucía, y está casada con mi padre. ¡Nos queremos mucho! Me cuida con el mayor esmero. ¡Cuánto ha llorado al separarse de mí por San Juan, después de la feria, cuando fui á acompañar por primera vez á mi padre por los caminos, y á ayudarle en su oficio!

— ¿Y en dónde está tu tercera madre?

— Allá abajo, muy lejos, al otro lado de estos montes, en un país que se llama el *Gros-Soyer*, en donde hay cinco casas, separadas las unas de las otras, que tienen cada una un jardín y un prado con nogales y hayas, sobresaliendo entre todos estos por lo hermosos, los nuestros.

— Pero el pueblo, ¿qué nombre tiene?

— ¡Ah! el pueblo se llama la parroquia, — dijo con seguridad el niño.

— ¿No sabes si se llama de otro modo?

— No, pero sé el camino: mirad, cuando ya se han atravesado esos montes, se tuerce á la izquierda, se sigue por el torrente durante una hora, y en seguida se cambia á la derecha y se sube, se sube; se sube por el camino de las cabras, llegando al ponerse el sol, á la casa de mi padre. Si Dios quiere y vos me dáis mañana antes de amanecer un pedazo de pan, estaré allí para la noche, tan pequeño como soy. Pero ¡Dios mio! qué pena voy á causar á mi madre, cuando le diga el motivo de volver yo solo, y que mi padre la envía á llamar para despedirse de ella antes de partir á un país del que no se vuelve nunca: nunca, nunca, — repitió el niño, dos ó tres veces con la mayor aflicción.

— ¡Oh! no irás solo, — dijo Genoveva besándole otra vez; — yo iré contigo, hijo mio, yo; ó sino, tú te quedarás en esta casa, y yo iré en lugar tuyo; voy á ponerme en camino al momento mientras tú duermes; preguntaré por dónde se va á *Gros-Soyer*, y mañana por la tarde tendrás aquí á tu madre Lucía, que conducirá á Voiron; y tal vez esa despedida que dices de tu padre, no se verificará, al menos para tanto tiempo como crees.

Esto dijo Genoveva, y en seguida comenzó á quitarse sus chanclas y á ponerse sus zapatos, con tal decisión, que me obligó á detenerla por un brazo.

CXL.

— No, Genoveva — le dije — vos no iréis, ni tampoco el niño. Voy á despertar á uno de vuestros vecinos, que conozca el país, le pagaré su jornal y el de su mula, para que vaya á buscar esa mujer á *Gros-Soyer*. La hará montar en su mula y estará aquí con ella mañana al anoecer. Entré tanto cuidado vos de que duerma el niño algunas horas, pues le tienen rendido el sueño y la fatiga. Al amanecer montareis los dos en mi caballo, que es muy manso, y al cual llevaré yo mismo de la brida. Bajaremos juntos á Voiron, el niño nos guiará á la casa en donde dejó enfermo á su padre, mandaré llamar á un médico, amigo mio; vos cuidareis al marido de Lucía con el mismo celo que lo haceis con tantos otros, después irá su mujer á proporcionarle un consuelo con la despedida, en el caso de que la muerte no tenga remedio, ó á recobrarle, si no ha llegado aún su última hora, y entonces podreis aclarar las dos ese misterio que el aspecto del niño ha dejado entrever á vuestro corazón. ¿Quién sabe, como decía Jocelyn, si el pájaro que cae del nido sobre el dintel de la puerta es muchas veces el mas afortunado de todos?

— Decis bien, señor — repuso Genoveva, dando á su fisonomía cierta espresion triste, como si la pesara de la exactitud de mi observacion, es decir, de tener que reprimir por veinte y cuatro horas mas el impaciente deseo que tenia de hablar con Lucía acerca de aquel niño que adoraba ya, y que temia perder de nuevo; — decis bien; voy á despertar al tío *Campanilla*. Le dan ese nombre por el collar de campanillas que pone al cuello de su mula y hace sonar desde lejos por encima de las nieves. Por casualidad llegó anteayer de *Gresivandan* y tendrá su mula descansada.